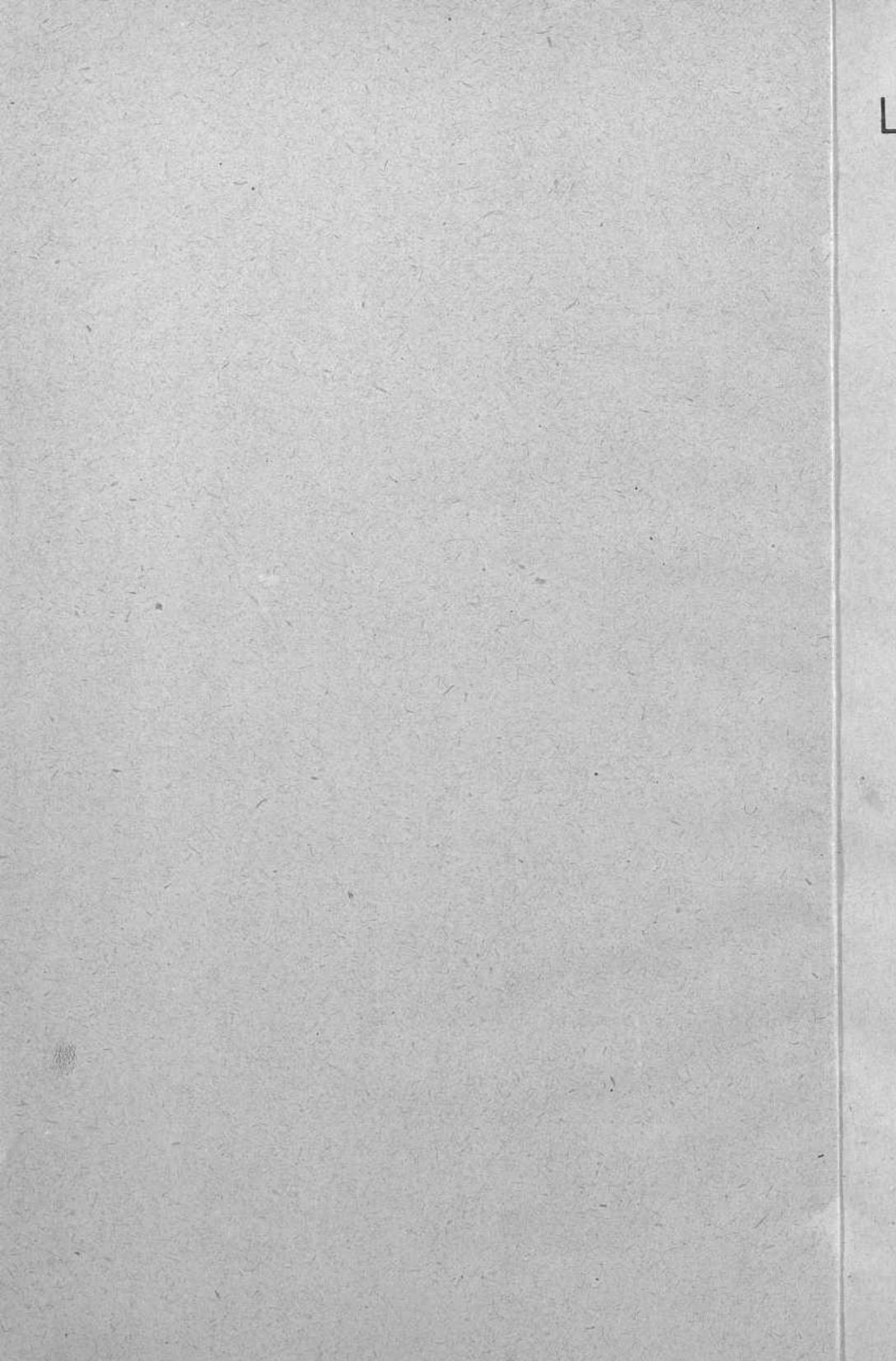


7.

LA PRINCESA DE CARIGNAN



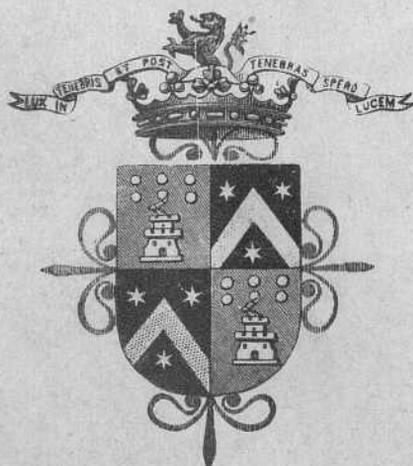


LA PRINCESA DE CARIGNAN EN ESPAÑA

CORRIDA DE TOROS NOCTURNA EN 1636

POR EL

MARQUÉS DE LAURENCÍN



(Artículo publicado en la Revista RAZA ESPAÑOLA)

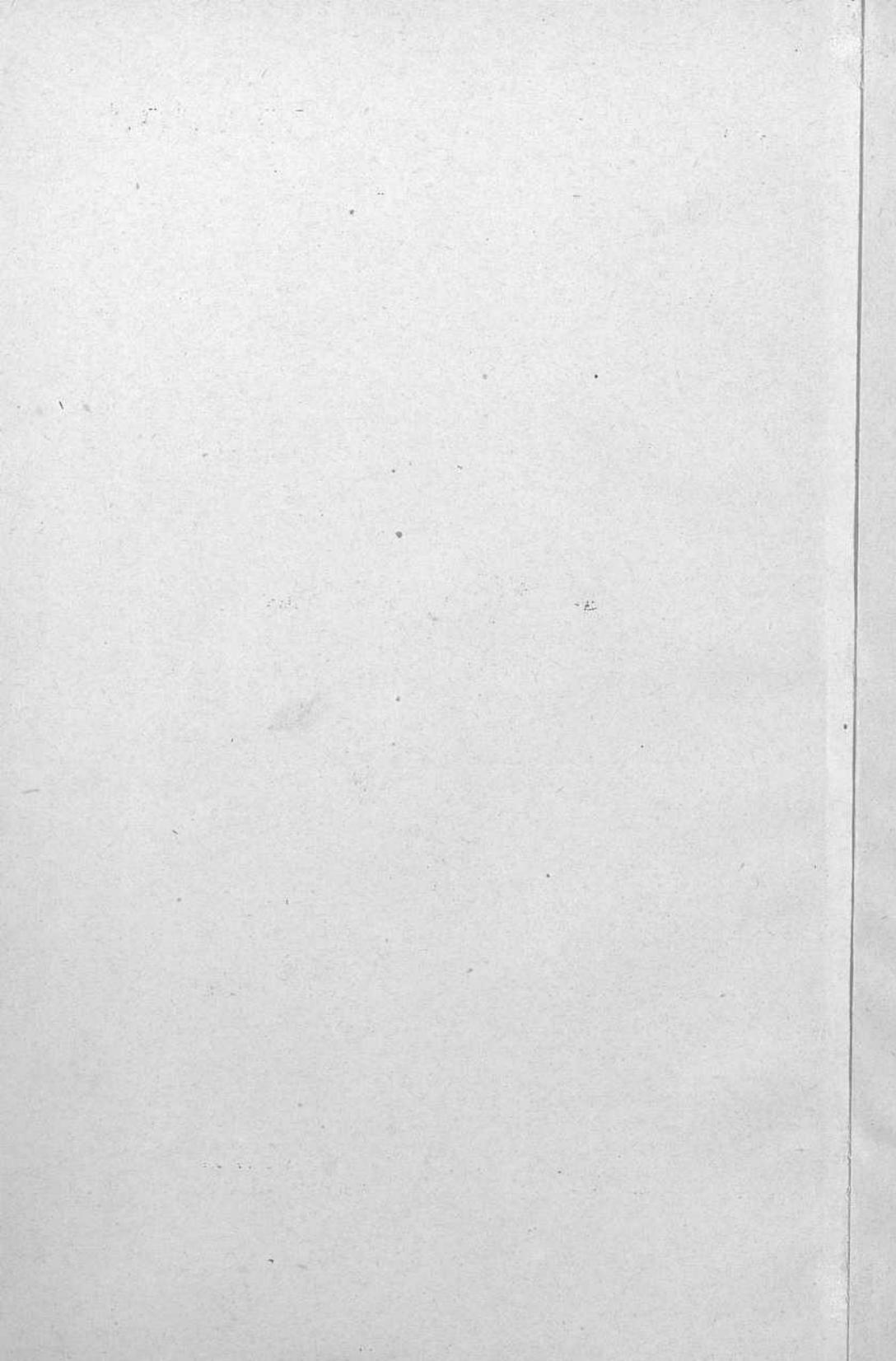
MADRID

Imprenta, litografía y encuadernación V. H. Sanz Calleja.

Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronja de Atocha, 23

Teléfono 17-88

1920



LA PRINCESA DE CARIGNAN EN ESPAÑA

CORRIDA DE TOROS NOCTURNA EN 1636

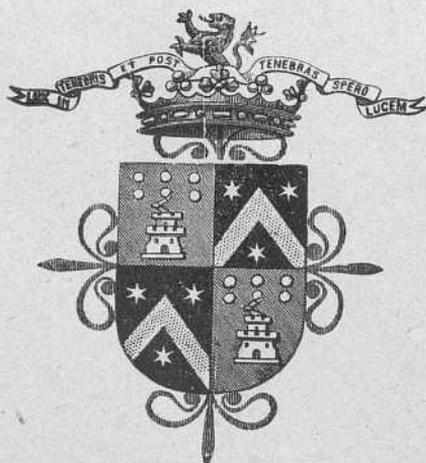
d

LA PRINCESA DE CARIGNAN EN ESPAÑA

CORRIDA DE TOROS NOCTURNA EN 1636

POR EL

MARQUÉS DE LAURENCÍN



(Artículo publicado en la Revista RAZA ESPAÑOLA)

MADRID

Imprenta, litografía y encuadernación V. H. Sanz Calleja.

Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronca de Atocha, 23.

Teléfono 17-88

1920



LA PRINCESA DE CARIGNAN EN ESPAÑA

CORRIDA DE TOROS NOCTURNA EN 1636

TRAS largas privadas negociaciones y cartas que se cruzaron entre los personajes de la Casa Vendôme-Condé y el omnipotente valido del Rey Felipe IV, convínose en que visitara nuestro patrio suelo Doña María de Borbón, más conocida, antes de su matrimonio, por Mademoiselle de Soissons. Demos de lado las miras políticas y la finalidad que tuviese un tan largo y penoso viaje con cuatro pequeñas criaturas, lo dispendioso de tal expedición y los enojosos preliminares de la complicada etiqueta cortesana de la Casa de Austria, cuyas hieráticas fórmulas demandaban la previa y minuciosa discusión protocolaria, para no dejar cabo sin atar ni extremo que no estuviere bien sujeto.

Habida cuenta de estas y otras razones, sospechamos que no vendría a humo de pajas ni en simple viaje de turista esta ilustre y bella dama, en pleno apogeo de su juvenil hermosura, dotada de fino ingenio y tildada de hábil, sagaz y muy intrigante negociadora de enrevesados achaques cortesanos, cuyas tramas, en ocasiones varias, la causaron sendos disgustos y contratiempos, que a la postre pararon en desierto.

Sin olvidarnos de que a poco de abandonar España esta Princesa, en 1638, sufrió tremenda derrota en Fuenterrabía, en el cerco que la pusieron los franceses, su Generalísimo el Príncipe Enrique II de Condé, cuya próxima descendiente

era nuestra egregia visitante, sólo cumple a nuestro propósito anotar algunas curiosas particularidades de las etapas de su larga jornada y de su prolongada estancia en nuestro país y en la Corte, según referencia de documentos, papeles y relaciones de la época.

Era, como dicho es, María de Borbón nieta del Duque de Enghien, Príncipe de Condé; hija de Carlos de Borbón, Conde de Soissons, condado que ella aportó luego a su matrimonio; fué hermana del famosísimo General, verdadero genio militar, Luis II de Borbón, llamado el *Gran Condé*, uno de los más insignes y afortunados caudillos que ha tenido Francia, quien casó, por cierto, con una Brezé, sobrina del Cardinal Richelieu.

Hermana de la Soissons fué también la Duquesa de Longueville.

Contrajo matrimonio María de Borbón en 1625, con Tomás Francisco de Saboya, creado Príncipe de Carignan, quinto hijo de Carlos Manuel I, Duque de Saboya, y de la Infanta Doña Catalina Micaela de Austria, hija de Felipe II. Fué este Príncipe de Saboya-Carignan famoso y valerosísimo General, que, reñido con la Corte francesa, estuvo al frente de nuestras tropas en Flandes, y muy favorecido de Felipe IV, pues siempre nuestros Monarcas, en sus tiempos de poderío y esplendor, desde Carlos V, ayudaron con empeño y decisión a la Casa Ducal de Saboya. Reconcilióse más tarde con Luis XIV, a quien asistió en sus empresas militares, obteniendo grandes honores y preciadas recompensas.

Ello es que la Princesa de Carignan y su tierna prole, con numeroso séquito e impedimenta, embarcaron en Génova en la galera real de España, allí enviada con la escuadra de Sicilia por orden de Felipe IV, quien galante, ostentoso y espléndido mostróse con la dama, a quien quería honrar en Soberano, cual merecían las ilustres Casas de Borbón y de Saboya.

A las seis de la mañana del 26 de julio las salvas de artillería anunciaron hallarse la flota a la vista de Barcelona; a

las tres de la tarde desembarcaba S. A., tomando las carrozas y literas que el Rey había mandado, y que la condujeron al palacio del Virrey, donde se hospedaba; éralo entonces el noble y opulento Duque de Cardona, quien se excedió a sí mismo en el fausto y riqueza del arreglo de su magnífica morada. Hizo oración la Carignan desde la tribuna que daba a la iglesia de San Francisco, mientras los religiosos entonaban, con toda solemnidad, el obligado *Te Deum laudamus*.

Ordenó el generoso magnate que a su expensa corriese todo el gasto de la Casa de la viajera mientras permaneciese en aquel Principado, y no obstante las ayudas de costa considerables que S. M. le remitió en letras de hombres de negocios.

Por haber llegado en plena canícula, y temerosa de que los fuertes calores estivales influyesen en la salud de sus hijos, prolongó su permanencia en aquella capital en medio de fiestas, agasajos y obsequios, con que a porfía la ofrecieron todas las Corporaciones, estados y clases de la Ciudad Condal, hasta el 19 de septiembre, día en que partió, acompañándola una legua de camino el Virrey Cardona y toda la nobleza catalana.

Detúvose en Montserrat, en cuya Santa Casa diéronla sus religiosos *espiritual recibimiento* (dice un papel coetáneo), comulgando en el Santuario y ofreciendo a la Virgen un vestido de tela de oro de inestimable precio.

Prosiguió las jornadas y estancias de su viaje hasta llegar dos millas antes de Zaragoza, donde habían acudido a recibirla el Virrey Marqués de los Vélez, Grande de Castilla, el Justicia, Jurados, Magistrados, Grandes, Títulos y Señores de aquel Reino de Aragón, todos de gala, entrando en la ciudad como persona Real, cual correspondía a una Borbón por su nacimiento y Saboya por su enlace, familias, a la sazón, reinantes en sus países.

Dióla hospedaje el Arzobispo en su hermoso palacio, sufragando los gastos durante todo el tiempo que permaneció en la histórica Cesaraugusta.

Bien pudieron decir, con propiedad, los moradores de Zaragoza que «ardía en fiestas en su coso», pues los bailes y músicas del país, los palos ensebados, máscaras, cabalgatas, fuegos y luminarias se sucedían sin cesar en honor de la Princesa y en señal de alegría por su llegada, en el mejor y más amplio de sus lugares de esparcimiento. Y como quiera que era función esencial, indispensable, la corrida de toros con que se celebraba por entonces todo fausto suceso cortesano, plebeyo, militar o eclesiástico (los de esta índole costeados por los propios Cabildos religiosos), no faltaron las obligadas lidias de reses bravas, por alguien apellidadas «hijo mayor de sus festejos».

Para la primera escogióse la plaza principal, desplegándose gran lujo en la comitiva que acompañó a S. A., la que se colocó, bajo dosel, en la ventana donde solía hacerlo el Rey cuando asistía, y a su lado derecho Madamisela su hija, y los otros hijos delante, y un poco apartados, los Virreyes, fuera del dosel, y los Duques de Villahermosa, para quienes la Carignan tuvo especiales atenciones, como tan grandes señores que eran, de la sangre Real de Aragón.

Lucieron su destreza en rejonear D. José de Torres y el Conde de Plasencia, quien a pesar de hallarse con cuartanas no excusó su valor en ese trance. Duró la corrida seis horas, hubo exquisita y copiosa colación, y entre los toreadores a pie se contaron muchos heridos y algunos muertos.

No nos cuentan los cronistas (los revisteros de hoy), en sus rancios papeles, si la Carignan quedó encantada de aquel nuevo espectáculo con que trataron de agasajarla y divertirla; pero es lo cierto que hubo otra función taurómaca *de noche*, ignoramos si a instancia de la Princesa, que buscase en el amparo de la sombra disimulo a los trágicos lances de la lidia, o por iniciativa de algún despierto o aventajado comisario que descontase el éxito de esta atrevida novedad, siendo indisputable precursor de estos modernos empresarios, quienes con los prodigios de la luz eléctrica y de los arcos voltaicos creen haber inventado un sorprendente es-

pectáculo, que tres siglos antes, sin contar con este mágico recurso, brotó fácil y espontáneo del sutil caletre e inspirado magín de un edil zaragozano.

Aderezóse la plaza; colocáronse los invitados en sus asientos conforme al ritualismo de la etiqueta, y se corrieron *toros encohetados*, «que, para inteligencia de extranjeros, es ponerlos en cuernos y cola unos pequeños artificios de pólvora y pegarlos fuego, que disparados, se enfurecen con impacientes corvetas».

Y aunque en este empeño taurino no se determina cuál y cómo fuera la forma de iluminación de la plaza, por paridad y semejanza presumimos que hubo de ser análoga o parecida a la dispuesta en Madrid algunos días después para una cabalgata nocturna en honor de esta Madama de Borbón, alumbrándose el palenque con más de seis mil luces con infinitas hachas de blanca cera y cientos de fanales, casi de forma esférica, que por transparentes cristales daban cuatro luces: con más seiscientos faroles pequeños, produciendo todas ellas juntas tanta claridad «que si la vista no fuera tan curiosa y se contentara con sólo aquellos límites, no echara de menos el día».

Y ésta debió de ser, tengo por cierto, la maravillosa idea e invención de que he hablado, para cuyo éxito había de contarse, indiscutiblemente, con la bondadosa complacencia del turbulento Eolo.

Dejemos a tan ilustre dama desde el 3 de noviembre, que abandonó la capital de aquel reino, proseguir la caminata, con sus altos y descansos en Daroca, en Tortuera, Alcolea, adonde S. M. había enviado a saludarla, en su Real nombre, a uno de los más grandes señores de la Corte, al Conde de Aguilar, Marqués de la Hinojosa y Señor de los Cameros; en Guadalajara y Alcalá, aposentada en el palacio de Cisneros, estableciendo allí mismo su cuerpo de guardia la infantería española, que quiso asistirle, tributándole ese honor como a mujer de General con el mando de nuestras tropas nacionales en Flandes.

Pasó luego a Barajas, y de allí a la Alameda, alojándose en las casas antiguas de los Zapatas, cuyo representante, el Conde de Barajas, era señor de aquellos lugares. Allí recibió orden de S. M. de hacer su entrada en Madrid con toda la debida y posible ostentación que siempre había usado la Corte de España con la Casa de Saboya. En efecto, domingo 27 de noviembre cometi6 Felipe IV sus veces a Olivares para que saliera a recibirla, como lo hizo el famoso privado con su habitual ostentación y riqueza, seguido de numeroso y brillante acompañamiento, en el que figuraban Grandes de Castilla, Consejos de Estado y Guerra, los Títulos y Señores, Ministros y Casa Real. Detúvose tan lucida comitiva en el arroyo de Abroñigal, que, no obstante su modesta corriente, se ha hecho célebre en la Historia por teatro donde se han desarrollado esta y otras varias escenas antiguas de relieve e importancia. Desde próxima colina divisaron el grupo de gente que se aproximaba.

Venía S. A. con sus hijos en una rica carroza de brocado carmesí y oro, de fábrica francesa, tirada por seis caballos blancos napolitanos; seguía la litera del más pequeño de sus hijos, con su aya; algunas de respeto, otras de damas elegantemente vestidas a la francesa, gran golpe de servidumbre, con su mayordomo mayor, caballerizo mayor, gentileshombres y demás jefes de oficios mayores, y doce pajes, a la costumbre francesa, trajeados con diversidad de colores.

Apeóse el de Olivares de su caballo al estribo derecho de la carroza de la Princesa, quien, para recibir la esperada reverencia en pie, descendió de su vehículo, saludándose ambos con afabilidad, al uso de España, y hechas las oportunas y recíprocas presentaciones de sus séquitos, partieron para el *Buen Retiro*, cuyo espléndido Palacio encomian los escritores coetáneos, «por su grandeza, la amenidad de sus jardines, con abundancia de agua en finísimos alabastros y jaspes, en espaciosos estanques y reductos; cuyas torres, plazas, teatros, edificios, habitación de fieras, sitios de aves extranjeras y naturales, bosques, ermitas y capillas, que algunas

pueden pasar por magníficos templos en populosas cortes, y todas de iglesias catedrales en grandes ciudades; cuyos adornos de todos tiempos, pinturas, plata, menaje y riquezas darán en los siglos venideros eterna fama y memoria al autor de esta novena maravilla».

Prevenido el Rey por el Marqués de Santa Cruz y D. Carlos Coloma de que llegaba S. A. a la ermita donde él había ido a esperarla, adelantóse cinco pasos, levantando a la Carignan, que había hecho ademán de arrodillarse, y diciéndola: «V. A. sea muy bien venida; ¿cómo venís, prima?», cortésia que quedó desde aquel momento como pragmática firme de tratamiento y etiqueta.

Entró el Rey en su coche, sentóse en la popa, y la Carignan, tras profunda inclinación, hízolo en la proa con su hija y los jóvenes Príncipes a los estribos, hasta llegar al Regio Alcázar, despidiéndose el Soberano en su cuarto y visitando la egregia huésped a la Reina y Príncipe heredero en un salón próximo a la puerta, guardando todos los preceptos, reglas, reverencias y ritual propios del caso, besando la mano a las personas Reales y abrazando a la camarera mayor, damas, dueñas de honor y meninas, llamándolas con sus títulos, y ellas, de Alteza.

Después de breve plática con S. M., condújola la camarera mayor, Condesa de Olivares, a su alojamiento, en el mismo Palacio, prevenido de ricas tapicerías de oro y seda, con costosísimos doseles los estrados, cubiertos los suelos de alfombras africanas, con hermosas camas de respeto en algunas piezas, y la de la persona de S. A. con alamares de oro y perlas y en los mástiles muchas piedras orientales encajadas.

El servicio y regalo del hospedaje eran, en verdad, regios, gastándose 600 escudos cada día en la mesa de los Príncipes, damas, criados mayores, pajes y familia, que hoy llamamos servidumbre, sirviéndose cuatro succulentas viandas cada día.

La noche de su llegada envió la Reina a la Carignan, con su guardajoyas y ayuda, D. Diego de Liaño, en un azafate

de vara y media de largo, de plata con óvalos de oro, una *ropa de levantar* de cama, de oro bordada de ámbar, precursora, a no dudar, de la que nuestros modistos parisinos han puesto en moda con el nombre de *saut de lit*. A este primer regalo sucedieron, en diferentes días, otros soberbios, dignos de la esplendidez de aquella Reina.

No podía quedar a la zaga, y no quedó ciertamente, el Rey por excelencia *galantuomo*: los 2.000 ducados mensuales que había asignado a la Carignan, por esposa del Príncipe-General de nuestras tropas, elevólos a 4.000 durante su estancia en la Corte, la favoreció con riquísimos presentes, y tuvo además con ella la singular y cristiana delicadeza de hacer venir desde Montilla para el hijo de aquélla, sordomudo por naturaleza, al celeberrimo maestro en el arte de hacer hablar a los mudos con su nuevo método de enseñanza, asignándole 4.000 ducados, entre gajes y aprovechamientos, de renta. Este prodigioso maestro era el secretario D. Manuel Ramírez de Carrión, llamado el Fénix andaluz, elogiadísimo en su rara habilidad y sistema por el Marqués de Priego, el Duque de Feria y el Marqués de Fresno, hermano del Condestable de Castilla, a quien el tal Carrión curó de análogo defecto al que aquejaba al hijo de la Princesa.

Era este jovenzuelo el hijo primogénito de los Príncipes de Saboya-Carignan, llamado, como su abuelo, Manuel Filiberto, nacido en 1730; cultivó las Ciencias y las Letras, mandó construir el Palacio de Carignan que hoy existe, y fué General valeroso, que se batió intrépidamente en las Dunas, muriendo en 1709, continuando en él la rama fundada por su padre, a la que perteneció también la bellísima e infortunada Luisa de Saboya-Carignan, Princesa de Lamballe.

Otro de los vástagos del anterior matrimonio, que también vino en esta ocasión como huésped de Felipe IV, fué Eugenio Mauricio de Saboya-Carignan, Conde de Soissons, llamado el Príncipe Eugenio, Teniente General de los Ejércitos franceses y Coronel General de los suizos, que si no emuló, se hizo digno heredero de las glorias militares de sus

mayores. Casóse con la célebre Olimpia Mancini, sobrina del Cardenal Mazarino, y esta boda fué la única derrota de su vida, puesto que por ella no le fué dado orlar su frente, ceñida ya con los laureles de sus triunfos guerreros, con la dulce corona de conyugales venturas, sino con otra más dura y áspera de llevar. Falleció, de muerte súbita, en 1673, siendo aún muy joven.

Contenta y satisfecha y mimada de los Reyes vemos continuar a la Cariñán su larga *villegiatura*, puesto que concurrió a los extraordinarios y estupendos festejos con que tuvo a bien solemnizar el más animado y deportista de nuestros Reyes, Felipe IV, la grata nueva que le trajo don Felipe Ladrón de Guevara, hijo del Conde de Oñate, su Embajador, de haber sido elegido Rey de Romanos Fernando III, primo hermano de nuestro Monarca.

Trasladóse éste desde El Pardo, donde se había retirado con la Corte, al Palacio del Buen Retiro, y dispuso que las variadas y suntuosas fiestas durasen diez días: ¡del 15 al 25 de febrero de aquel presente año de 1637.

No es cosa de hacer interminable este artículo con la descripción de lo sucedido en esta larga semana de holgorio. Culminó sobre todo lo dispuesto y realizado una colosal y mágica cabalgata nocturna, dirigida por el propio Conde-Duque de Olivares, concurriendo, en diversas cuadrillas, la flor de nuestra nobleza castellana, al frente de una de las cuales iba el Rey en persona, quien fué a vestirse al soberbio y artístico palacio que poseía en la Carrera de San Jerónimo, donde fué luego el de los Duques de Híjar, el noble y acaudalado Carlos Stratta, Caballero y Comendador en la Orden de Santiago, descendiente de genoveses; agradeciendo tanto el honor y merced que el Soberano le hacía, que en demostración de ello, y previa licencia Real, regaló a Su Majestad con fastuosas tapicerías, ricos bufetes y un brasero con su perfumador de plata, labrado con primor nunca igualado.

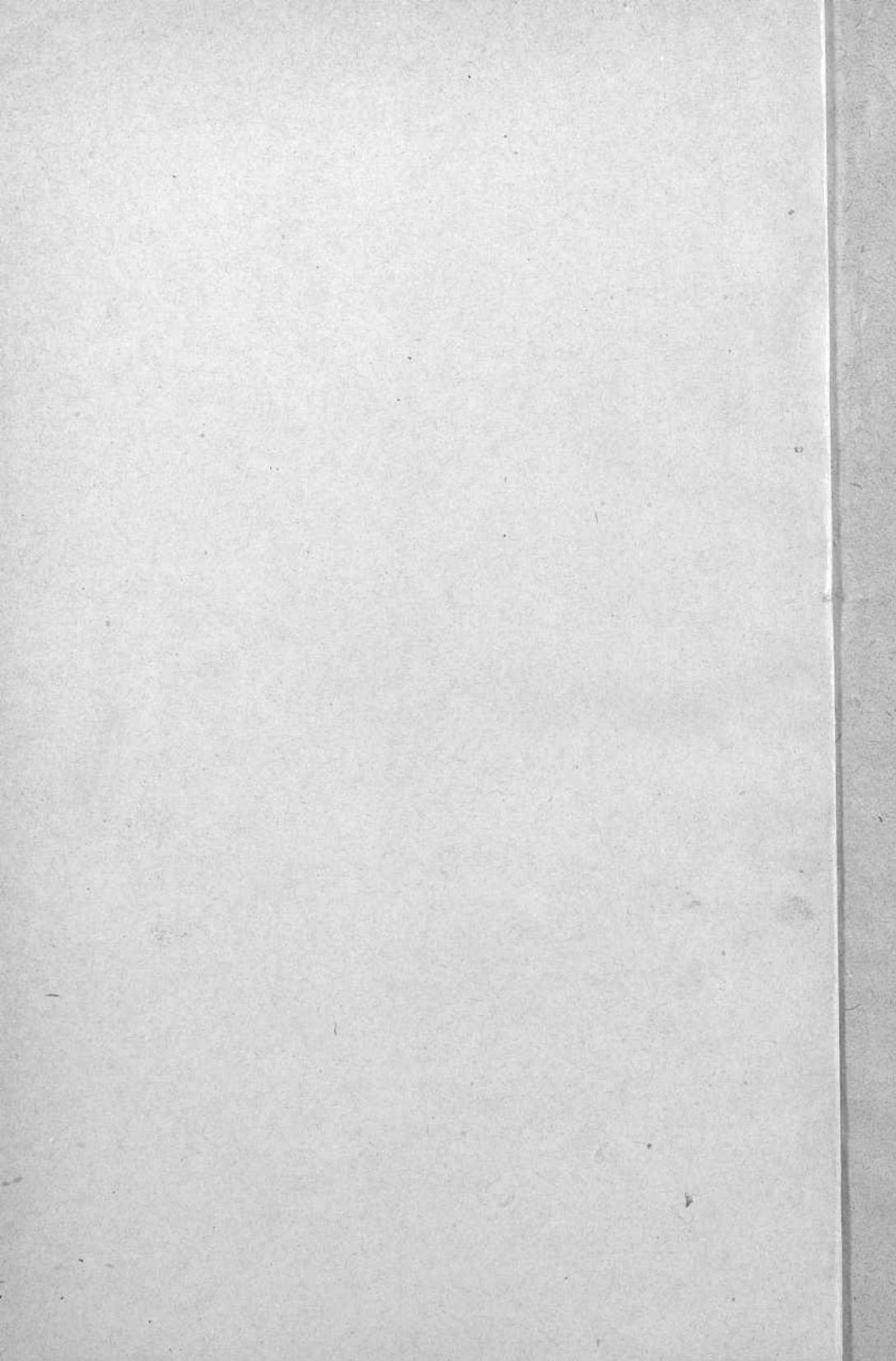
El Rey-poeta, que firmaba sus escritos *Un ingenio de*

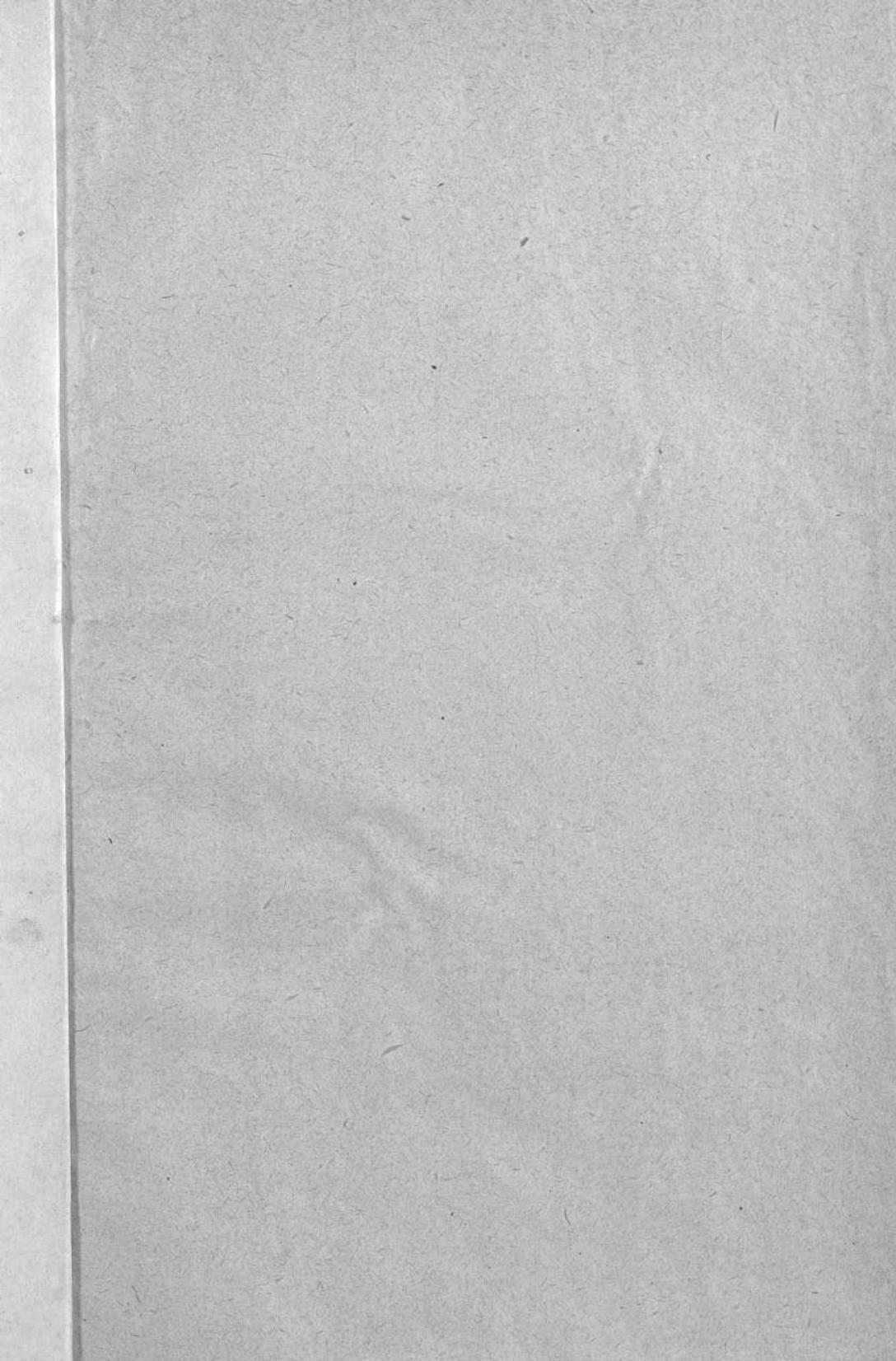
esta Corte, no podía desdeñar a sus colegas en letras: hubo, en efecto, un certamen literario, dirigido por Luis Vélez de Guevara, que en aquella Academia disparó en loor a Felipe IV el siguiente, no inédito, a la verdad, pero sí, por fortuna, poco conocido y divulgado

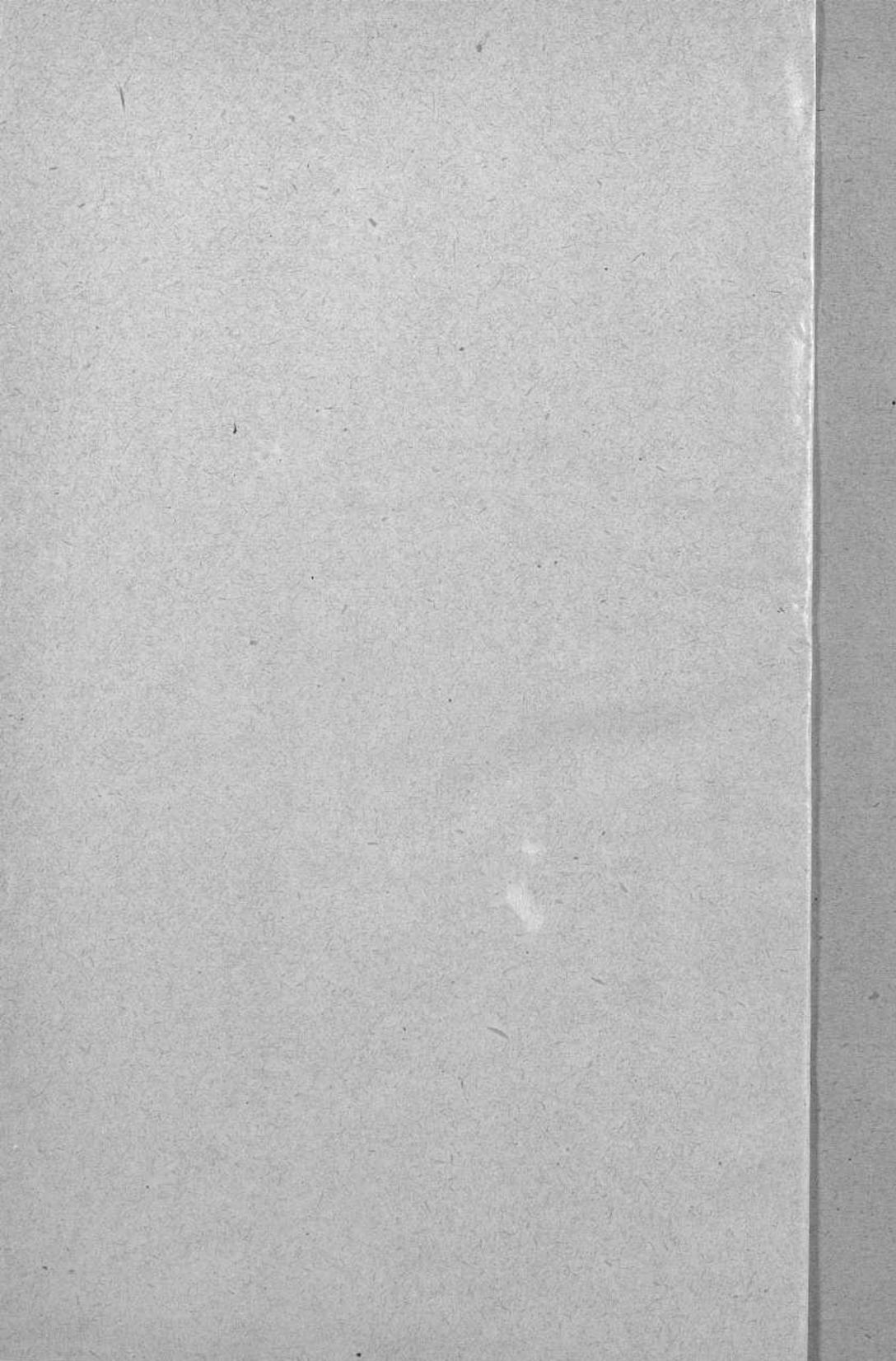
SONETO

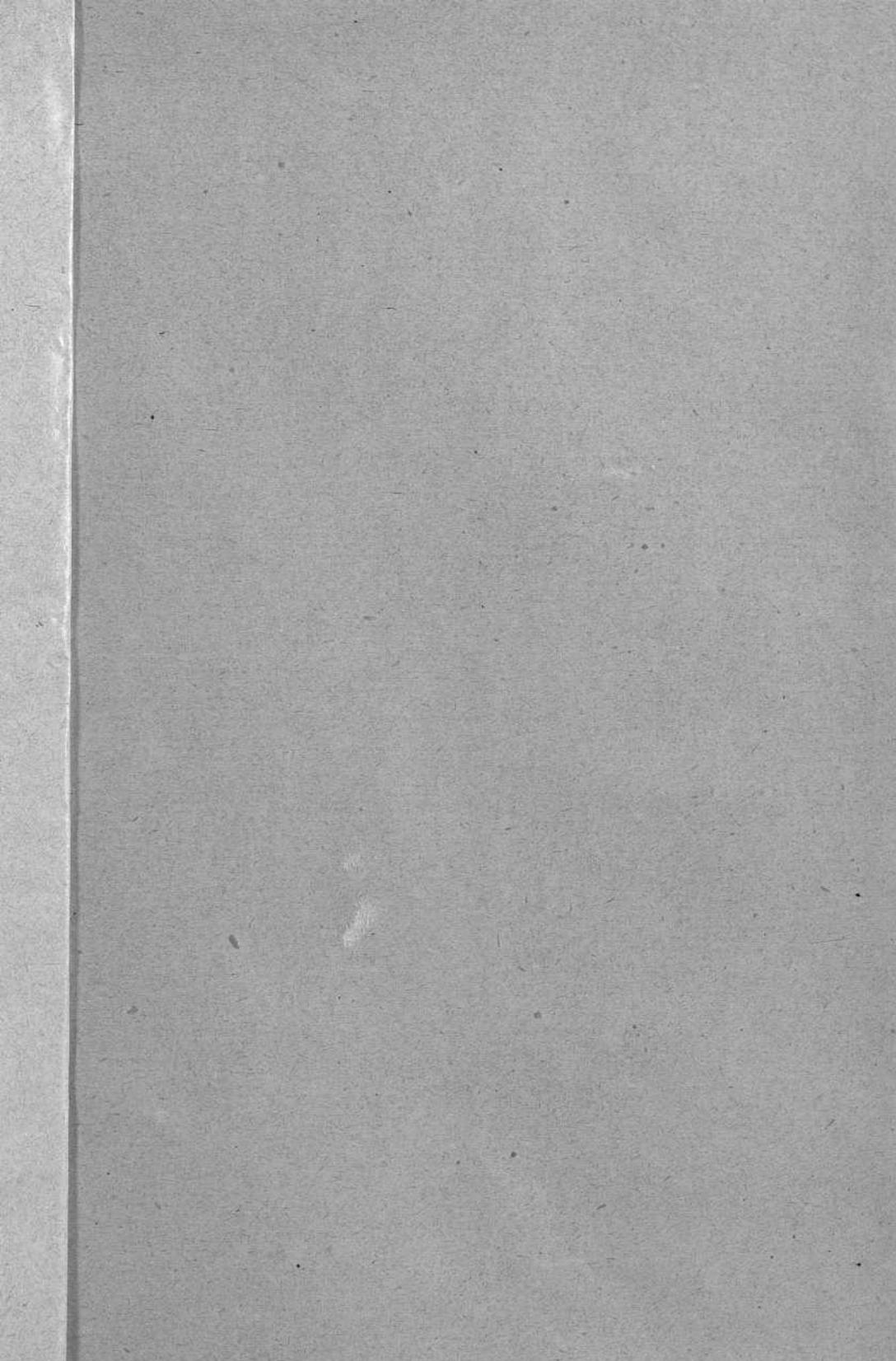
Aquel que, más allá de hombre, vestido
de sus propios augustos esplendores,
al Sol por Virrey tiene, y en mayores
climas su nombre estrecha, esclarecido;
aquel que, sobre un céfiro nacido,
entre los ciudadanos moradores
del Betis, a quien, más que pació flores,
plumas, para ser pájaro, ha bebido;
aquel que a luz y a tornos desafía
en la mayor Palestra que vió el suelo,
cuanta leve, estrellada Monarquía,
es, a pesar del bárbaro desvelo,
Felipe el Grande, que, árbitro del día,
está partiendo Imperios con el Cielo.

No hemos querido arriesgarnos, en obsequio a la brevedad de estos apuntes, en la averiguación de si al escuchar la Carignan este soneto, y por temor a un segundo, se decidió por fin a terminar su próspera y espléndida excursión por nuestra España, haciendo rumbo hacia su feudo en el Piamonte.











MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 77	Precio de la obra.....
Estante. 1	Precio de adquisición..
Tabla... 3	Valoración actual.....
Número de tomos.	



